

Mi Mario Escobar personal

Fabio Zuluaga



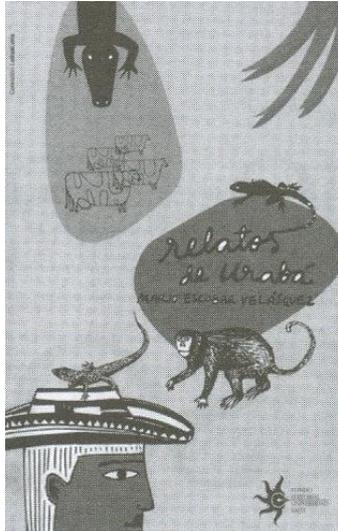
*Mi papá es como un bonbonbum:
duro por fuera y blando por dentro.*

Mario Leandro, hijo

Conocí a Mario Escobar Velásquez una mañana del año ochenta en un salón de la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de

Antioquia, donde él dirigía el Taller de Escritores, por entonces sin costo alguno. Me llevó al taller un alumno de la Facultad de Ingeniería a quien dictaba un curso de Química conceptual e historia de la química, en el cual yo hacía alusión al pasaje de Cien años de soledad donde se menciona la alquimia. El alumno supo que yo era un escritor clandestino y pensó que debía estar en

ese taller donde él ya estaba. Cuando entramos, vi por primera vez al Mario Escobar de carne y huesos que años atrás había visto cuando ganó el Premio Nacional de la revista Vivencias, y cuya imagen de Tarzán en plena selva, pero con revólver en vez de cuchillo, publicada en un periódico de la ciudad, se me había fijado en la mente.



En ese momento el Maestro estaba dibujando con una tiza un enorme árbol en el tablero, para explicar lo que según él es la estructura de la novela, un árbol con ramas (historias secundarias), con varios personajes, análisis minucioso de asuntos y situaciones, desembocando todo, como en el árbol, en el tronco central. Para él la novela es pues análisis, y casi siempre que una novela falla es porque le falta algo. Cuando yo vi ese esquema comprendí que era lo que yo estaba buscando desde mis quince años, cuando en mi barrio, siendo apenas un muchacho de liceo, sentí un fuerte deseo de ser creador en cualquier cosa y empecé a preguntarme, “¿cómo habrán hecho los que han logrado crear algo? ¿Cual será la clave de la creación?” Pero en ese entonces no sabía qué tipo de creación quería, aunque todo indicaba que era en el ámbito literario porque escribía poemas y cartas de amor por encargo de mis amigos cuando peleaban con la novia, ya que

yo era incapaz de conseguirme una debido a lo tímido que era y a lo acomplejado que vivía con mi nariz aguileña.

Al terminar el taller tomamos tinto en la cafetería de Comunicaciones, me le presenté y le dije que era Ingeniero Químico, profesor del Instituto de Química, y que desde mis quince años buscaba la clave de la creación y que ya la había hallado con el modelo del árbol en su taller esa mañana. No fue más lo que le dije al Maestro aquella remota mañana de miércoles de la cual ya nada más recuerdo.

Eso fue suficiente para que el maestro Mario me aceptara en su Taller de Escritores y me brindara su incondicional y generosa amistad, a tal punto que soy uno de los no muchos privilegiados que podía ir a visitarlo cuando quisiera, con tal de que le avisara previamente. Fui siempre bien llegado a sus refugios de Santa Helena, el primero cerca al sitio Sajonia, y el último, el actual donde reposan sus cenizas, adelante del aeropuerto José María Córdova en Rionegro.

Una sesión antes de terminar el Taller, le llevé mi primer cuento, escrito bajo su concepción del cuento, aunque por entonces él no exigía escribir uno durante el Taller. Mi sorpresa fue grande cuando dedicó la última sesión a

analizar mi trabajo y a corregir detalles. Ese cuento, titulado “Mi mamita viene ahora” se lo dediqué a Mario Escobar, como reconocimiento a las luces que me había dado para llevar a feliz término mi fuerte impulso de los quince años: ser creador de algo.

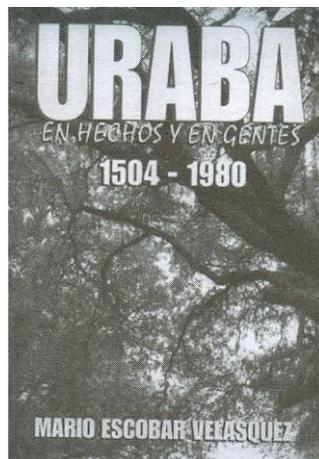
Esa idea del género cuento, preconizada por el Maestro, me funcionó y todavía me funciona. El cuento como síntesis, un solo personaje, un solo asunto, un solo entorno, que no admite colas, ni varias historias, que casi siempre cuando falla es porque le sobra algo, que se debe morder la cola, está claramente expresada en la introducción a su Antología comentada del cuento antioqueño en la cual incluyó un cuento mío, y en la introducción que Mario hizo en el libro Antología de Abel López Gómez, veinticuatro cuentos y dos novelas, publicado para dar inicio al ya desaparecido Fondo Editorial de la Cooperativa de profesores de la Universidad de Antioquia, del cual fui coordinador por varios años.

En la intimidad de sus refugios, luego de degustar los deliciosos fríjoles que el mismo preparaba para los dos y la leche y las abundantes panelitas(era muy dulcero), en medio de la noche engrillada y de las luciérnagas abriéndose paso a través de la niebla, compartimos muchas intimidades; hablamos de la creación literaria,

recibí sus sabios consejos, como no apresurarse para publicar, buscar la perfección de la obra por la obra misma; sólo llevarla a feliz término lo más perfectamente posible, es ya motivo de alegría y satisfacción profunda para el artista aunque otros ni la conozcan. Hacer un listado de por lo menos cien títulos posibles para escoger el que mejor convenga a la obra, nunca hablar de lo que se está escribiendo para no perder la fuerza narrativa.

Para escribir, Mario necesitaba sentir calor en los pies y siempre debajo de sus escritorios colocaba una lámpara que encendía a la hora de la creación literaria. El escritorio que usaba en su casa de Manrique no es de madera ni de metal: está cubierto con baldosín blanco. Hacia las ocho íbamos a dormir; Mario era un hombre tempranero para ir a la cama y se acostaba a leer mientras se dormía. Dormía en una pieza sobre un colchón tirado en el piso, con su ángel guardián al lado: un revólver cargado y listo para ser disparado en caso de necesidad. Él se ufana de ser un disparador

mortal, aunque nunca lo comprobé y debió serlo porque en otro tiempo fue un gran cazador, como Hemingway. Yo dormía en la pieza contigua y también en el suelo, en un colchón. Él tenía una gran capacidad para transformar y adecuar el espacio que adquiriría para sus propias necesidades de escritor, y así lo vi



transformar el ubicado en Manrique, con jardín incluido, donde vivió durante los últimos veinte años con su esposa Alba Lucía y con el hijo de ambos, Mario Leandro.

Mario llevaba unas agendas bellísimas, verdaderas obras de arte, que preparaba cuando compraba, con fotos de animales, paisajes, bellas mujeres, es decir las engalanaba con toda la belleza de este planeta Tierra. Cada noche escribía en ellas todo lo que había observado en el día y que le hubiera llamado la atención, así como frases o expresiones de las personas con quienes había tratado. Él escribía en las agendas con tintas de varios colores, utilizando estilógrafos, algunos muy pesados y finos como uno bañado en oro y que él coleccionaba con pasión y esmero. Sobra anotar que su caligrafía era bellísima y la heredó su maravilloso hijo Mario Leandro, quien ya ha tenido problemas en el colegio porque su letra no es despegada como la de las generaciones actuales de estudiantes y profesionales. De las agendas, escritas en tono literario, él iba sacando material para sus novelas y “chuleando” lo que había sido ya utilizado. Este ejercicio diario de llevar la agenda y hacer sus sabios comentarios y reflexiones sobre los más variados asuntos de la vida cotidiana y de las personas, se constituía en un ejercicio continuo para mantener caliente la mano y le facilitaba el trabajo posterior a la hora de emprender sus extensas novelas.

Varias veces hablamos de las maravillas del agua como líquido e intercambiamos conocimientos sobre ella. Él quería escribir un libro dedicado al agua y estoy seguro de que lo debe de haber dejado muy avanzado porque le pasé mucha información química que he consignado en una novela mía próxima a publicar. En la entrevista que le hice en el periódico Alma Mater, en el año dos mil, para conmemorar los veinte años del Taller de Escritores de la Universidad, lo forcé a que dijera en público lo que siempre me dijo en privado: “Para mí el agua es una prueba de la existencia de Dios, quien no crea en él, que crea en ella”. Aunque Mario creía más en la Virgen del Perpetuo Socorro que en Dios, cuando en la misma entrevista le pregunté cómo concebía a Dios en ese momento de su vida, me respondió: “Yo a Dios lo siento por dentro”. Me pareció tan contundente la respuesta, que ahí terminé la entrevista. Cuando le dije que veinte años atrás yo no hubiera sido capaz de entrevistarlo, me respondió lo que me había dicho en otra ocasión: “Fabio, el alumno que no supera al maestro lo traiciona”.

Para su hijo, Mario Leandro, quien compartió los primeros dieciséis años de su vida con su padre, los últimos dieciséis en la vida del maestro Escobar, su papá “era como un bonbonbum, duro por fuera, blando por dentro”. Eso era el maestro, en apariencia duro, pero cuando brindaba su amistad era un amigo tierno y generoso. Su joven esposa, a

quien enamoró cuando ella fue su alumna en el Taller de Escritores del Sena, lo que más admiró fue “la sabiduría de Mario”.

Mario murió el lunes 16 de abril de 2007, pero sus cenizas permanecieron en su refugio de Manrique, cerca de la estatua de Gardel, durante toda la semana y algunos, como el que esto escribe, tuvimos que ir allí a despedirnos del Maestro, a cargar sus cenizas un rato y a expresarle lo mucho que lo habíamos querido. Para el domingo 22 de abril las cenizas fueron llevadas por sus seres queridos a su retiro de Santa Helena, cerca al aeropuerto de Rionegro, con el fin de cumplir el último deseo del Maestro: que sembraran encima de sus cenizas un guayacán. Otra vez El Maestro escogía un árbol, pero no para explicar la estructura de la novela y ayudar a otros a crear sus propias novelas; ahora elegía un árbol verdadero, un guayacán, pero para otra cosa: para poner punto final a su última novela. Q.E.P.D.

* Fabio Zuluaga. Profesor del Instituto de Química de la Universidad de Antioquia. Perteneció al Taller de Escritores dirigido por Mario Escobar Velásquez, quien incluyó uno de sus cuentos en la Antología comentada del cuento antioqueño, la cual será próximamente publicada en su segunda edición por la Editorial Universidad de Antioquia.